

Fabricio Estrada*

EL EMPLEADO POR LAS HORAS

que mantiene sus manos sobre la mesa
y adquiere la piel de la mesa
y es por ello adornado con vajillas
y tenedores correctamente dispuestos
y es mesa entonces, madera carcomible
cuatro endeble pilares.
El empleado por las horas
para decir adiós en los andenes
-alguien debe cumplir con el adiós para quien no lo tiene-
y sabe ser la imagen de un pueblo que se deja,
volverse a la vez
inquietud y sosiego,
una especie de pañuelo al que el viento
da caprichosas formas
y que la distancia vuelve destello,
breve pulso entre el dolor y el viaje,
hilo que se enreda en cada árbol
y hace difícil el empeño de todas las parcas.

El empleado doméstico del tiempo inabarcable,
con dormida adentro de sí mismo,
el doméstico dromedario
del desierto cotidiano
que dominguea vestido de polvo y pana
así llueva
y arriesgue su trabajo meticuloso
de muerto, de vigía absorto

* Poeta nacido en Sabana Grande, Francisco Morazán. Su obra ha sido incluida en prestigiosas antologías poéticas de varios países. Correo electrónico: chaliobala@gmail.com.

Gramma, XXVI, 54 (2015), pp. 135-137.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

de asalariado en la empresa de las arañas.
El empleado que hace las horas vacuas,
el que pule los lentes de Baruch
para conversar con tono sabio
y darse cuenta luego
del apenas, del precario intento,
de lo que intuye el caballo que se ahoga
de lo que piensa el estibador
al oír el crujido de su columna,
de lo que gana en silencio la multitud
al reconocer su falso ídolo que se quiebra en dos
y muge a coro con las reses del matadero.
El empleado que se encarga de marcarle las faltas
al recurso humano de lo inhumano,
el que paga con hormigas
y debe con libros jamás leídos,
el que piensa en los días feriados
al mismo tiempo que talla su ataúd,
el que nunca gozó de un bono
para morir de la risa
y en cambio fue la imagen
del servicial, del pobre hombre
que limpiaba su incómoda presencia
con mil disculpas y gestos...
«alguien debe cumplir con el adiós
para quien no lo tiene»
dicen tras de él los siempre bienvenidos,
los que viajan al mar del sur cuando les place
y regresan con fotos coloridas
rojos de sol, saciados.

El empleado de las horas
que es una mesa y un pañuelo perdido en la tarde,
el empleado giboso, cumplidor,
el que come tres tiempos de sal
y bebe de un mar desconocido.

IV

Canto en la mañana de las infinitas serpientes del tráfico,
a las cigarras que encontraron salario sirviendo de timbres, al milagro de los murales una
y otra vez mudando de piel con palabras de fuego.

Dejo a los escritorios que se aparean antes que enciendan la luz, dejo que se froten jóvenes
gavetas y picaportes voyeristas.

La ventisca de los relojes no aparece en los pronósticos y sin embargo, de su escarcha
entiendo lo que deben sufrir los minutos, los segundos,
los días expuestos sin ningún abrazo en medio de las estepas.

LECCIÓN DE NIEBLA

Los ángeles llevan máscaras antigás. Tegucigalpa es el reino de los miedos.

Hay 80 residencias que reciben a diario 4 raciones de lacrimógenas. Puntualmente. Se
abren los grifos y rebalsan las pilas por el humo. Es más fácil lavar la ropa blanca, es más
fácil limpiar los muertos con el sahumero de las bombas.

Los ángeles apestan al salir de sus duchas rojas. Lavan sus alas a presión. Tegucigalpa es
el reino de los miedos.

Hay 25 ancianos que llegan a los 100 años y todos ellos han sido transportados por la nube.
Pulmón a pulmón se asfixian. Es más fácil abonar el jardín con el ácido de la blancura, es
más fácil yacer en la hierba que se vuelve transparente sin oxígeno.

Los ángeles persiguen a los pájaros que se cuelan en el bosque espumoso. Machacan sus
picos, les sacan semillas de viento, reforestan los cielos.

Hay 2,200 cápsulas sobre el pavimento. Los maestros las recolectan, las llevan al aula para
el trabajo manual. El humo sirve para amasar la tiza. La tiza dibuja curvas que entran por
la boca y se enroscan en los pechos del niño.

Los ángeles lanzan el maná como una florista que abre el cortejo en la coronación del pueblo.